

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

JESUS EN LA FENICIA: CURACION DE LA HIJA DE UNA MUJER

CANANEA: Mt. 15, 21-28

Explicación.

EL LUGAR (21). - De la riente llanura de Genesaret parte Jesús para la comarca de Tiro y Sidón, así llamada de estas dos ciudades, otro tiempo famosas y rivales, situadas en la costa fenicia del mar Mediterráneo. Era la Fenicia país pagano, lindante con la Galilea por el oeste y el norte. Tiro, hoy «Sur», tiene en la actualidad unos 6.000 habitantes, de ellos cerca de la mitad católicos; Sidón, llamada hoy «Saida», está situada a 35 kilómetros al norte de Tiro, y cuenta con el doble de habitantes, de los que sólo unos 2.500 son católicos. De Tiro, la más próxima, a Cafarnaúm hay unos 55 kilómetros, que pueden salvarse en un par de jornadas: Y saliendo (Jesús) de allí, retiróse a la comarca de Tiro y de Sidón. Lo probable es que Jesús entraría en aquel país pagano, no para evangelizar, que no tenía misión sino para hacerlo en Israel (v. 24), sino para hurtarse a las asechanzas de sus enemigos y hallar, para él y sus discípulos, un descanso en país desconocido.

LA CANANEA (22-28). — Era grande la fama de Jesús hasta en tierras de Fenicia. De las regiones de Tiro y de Sidón había venido gran multitud a oír la palabra de Jesús en el Sermón del Monte (Lc. 6, 17); por esto no puede ocultarse a aquellas gentes su presencia. Aun antes que entrara en la Fenicia, súbitamente se le presenta una mujer de aquel país, que tenía una hija poseída del demonio: Y he aquí que una mujer cananea, gentil, sirofenisia, cuya hija tenía un espíritu inmundo... Es cananea, porque los fenicios, como los antiguos habitantes de la Palestina, eran descendientes de Canaán (Gen. 10, 15); gentil, porque eran los fenicios gente idólatra y enemigos de los judíos; sirofenisia, porque en tiempo de Jesús la Fenicia era colonia romana agregada a la provincia de Siria.

La infeliz mujer, tan pronto como oyó hablar de él, antes que Jesús llegara a su país, sale a su encuentro, habiendo salido de aquellos contornos.

Preséntase a Jesús, y en oración sentidísima, clamaba diciéndole: Señor, Hijo de David, ten piedad de mí. Clama la madre, en lo que revela la magnitud de su dolor y la intensidad de su plegaria; llama a Jesús «Señor» e «Hijo de David», en lo que reconoce su majestad y la nobleza de su prosapia: así habría oído llamar a Jesús; tal vez de los mismos judíos había oído que esperaban un salvador descendiente del gran rey; y clama piedad por ella, porque el corazón de la buena madre es atormentado en los miembros de sus hijos, y la hila de aquella mujer sufre el horrendo vejamen del mal espíritu: Mi hija es malamente atormentada del demonio.

A pesar de lo vivo de la plegaria, Jesús no le hace caso en la apariencia, sometiendo a dura prueba su fe: Y él no le respondió palabra. Los discípulos, molestados por las reiteradas voces de la mujer; contrariados porque frustra con su actitud la intención que tiene Jesús de pasar inadvertido; acostumbrados, por otra parte, a ver atendidos los ruegos de los necesitados (Mt. 8, 16; 14, 35.36), piden con instancia al Maestro, intercediendo en favor de la mujer: Y llegándose sus discípulos, le rogaban y decían: Despáchala,

porque viene gritando en pos de nosotros. Jesús les responde agravando la frialdad de su silencio con unas palabras que parecen cerrar el paso a toda esperanza: Y él, respondiendo, dijo: No fui enviado sino a las ovejas, que perecieron, de la casa de Israel. La misión de Jesús era universal; vino para salvar a todo el mundo; pero personalmente no debía evangelizar más que la Palestina: el resto del mundo lo hará por sus Apóstoles. La frase de Jesús revela su obediencia a la voluntad del Padre y su especial amor al pueblo judío. Pero con la desabrida y cerrada respuesta, queda la cananea fuera de la acción personal de Jesús.

Más desesperanzada debió aún quedar cuando Jesús, huyendo de sus voces importunas, entra en una casa, probablemente gentil, o tal vez en alguna pública hospedería, con el decidido propósito de que nadie supiese dónde paraba: Y habiendo entrado en una casa, quiso que nadie lo supiera, y no pudo permanecer oculto: hizo como hombre cuanto cabía para ocultarse; como Dios, no impidió que se le hallase en su retiro.

Con nuevas armas trató la mujer de conquistar el Corazón de Jesús, la constancia, la humildad, la confianza ciega, la reiterada exposición de la miseria de su hija, que era su propia miseria: Mas ella vino, siguiendo a Jesús hasta en su retiro, entró, se postró a sus pies, y le adoró, y rogábale que lanzara de su hija el demonio, diciendo: ¡Señor, socorredme! Dos veces rechazada, responde Jesús con una tercera repulsa, que parece definitiva: Él, respondiendo, dijo: Deja que primero se sacien los hijos; mis gracias y misericordias son ahora para mi pueblo elegido, Israel, a quien las Escrituras llaman con el nombre de hijo de Dios (Is. 1, 2; Jer. 31, 20; Os. 11, 1). Y agrava más la repulsa Jesús, con una frase durísima en la apariencia: Pues no está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perros. Perro era para el judío todo gentil, Que no tenía derecho a sentarse a la mesa del gran Padre de familias (Is, 56, 10.11).

A la pobre mujer no le quedan sino los recursos de su fe y de su humildad insondable; se aferra, en su angustia, a las mismas palabras depresivas que pronunció el Señor para retorcerlas con prudencia en favor suyo; y sabe hallar nuevo motivo de plegaria en lo que pareció ser dicho para rechazarla: Y ella respondió y le dijo: Sí, Señor, pues los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Ella es, en verdad, como todo gentil, una perrilla; los judíos son los señores, que comen en la mesa del Padre de familias que les escogió por su pueblo; pero nada pierden los comensales en que recojan los perrillos, debajo de la mesa, las migajas que se desaprovechan.

Entonces Jesús, respondiendo, como si ya no pudiese contener la manifestación de su bondad y de su admiración en su pecho represadas, le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Grande por su constancia, y porque te ha hecho creer grandes cosas de mí, y porque ha sido tal que ha vencido las repulsas que te di. Y pronuncia definitivamente el fiat que debía llevar la dicha al hogar de la cananea: Hágase contigo como quieres. La voluntad del Señor se ha plegado a la de su criatura, y, regiamente, divinamente arroja al demonio, a distancia, del cuerpo de la hija de tal madre: Por esta razón, porque tal fe has tenido, anda, que salió de tu hija el demonio.

Como se ve, la curación de la endemoniada fue instantánea, desde el momento de la palabra de Jesús. Y fue definitiva, siendo para siempre expulsado de ella el maligno espíritu: Y desde aquella hora fue sana su hija.

Fue asimismo total: Y cuando llegó a su casa encontró a su hija echada sobre la cama, descansando plácidamente, y que había salido de ella el demonio. Al par de este beneficio, había alabado Jesús la fe de aquella gentil, como había alabado la del gentil centurión (Mt. 8, 10); cosa que no hizo jamás con ningún judío, presagiando con ello la copiosa mies que más tarde cosecharían los Apóstoles en los pueblos de la gentilidad.

Lecciones morales.

a) v. 23.— Y él no le respondió palabra... Gritaba la mujer, en pos de Jesús y su comitiva, diciendo en su dolor: ¡Ten piedad de mí! Jesús ni se vuelve, ni la mira, ni le responde. Con ello redobla la fe de la mujer, y logra interesar en favor suyo a los discípulos del Señor. En ello debemos aprender a no desmayar en el aparente fracaso de nuestras oraciones, y a buscar la colaboración de la plegaria de personas santas y amigas de Dios.

b) v. 25. Mas ella vino, y le adoró... La que clamaba en pos de Jesús, quizás por no atreverse a comparecer ante El, después de la primera repulsa, entra resueltamente en la casa donde está Jesús, se postra ante él y le adora. Sabe que quiere Dios ser importunado, y ser importunado como Dios, invocando los títulos de su poder, de su bondad, de su misericordia, todo ello desde los abismos de la más profunda humildad. No ruega la cananea a Jesús que ruegue por ella; dice simplemente: «Señor, valedme.» Este contacto humilde de la baja criatura, llena de necesidades, con la omnipotencia y magnificencia de Dios, es la que arranca los dones de sus manos divinas. «Óyeme, porque soy un desamparado y pobre», le decía el profeta (Ps. 85, 1).

c) v. 26. No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perros. Jesús, hablando en judío, llama perros a los paganos. «Las naciones del mundo son como perros», decía el Talmud; y en otra parte: «Quien come con un idólatra, come con un perro...» Pero, ¿qué diferencia hay de hombre a hombre ante los ojos santísimos de Dios: El título de hijo de Dios que tenemos los cristianos es a veces motivo de mayor responsabilidad ante el Padre celestial de todos. Como perrillos debemos considerarnos debajo de la mesa opípara donde tiene Dios preparados los manjares de sus dones: primero por razón de humildad, ya que menos somos ante Dios, de lo que tenemos nuestro, que el perrillo es para el dueño de la casa; y en segundo lugar, como título que hagamos valer ante su bondad y munificencia, que también los perrillos se regodean con las sobras de la mesa de sus amos.

d) v. 28. ¡Oh mujer, grande es tu fe! Parece, dice un intérprete, que Jesús debía decir: Grande es tu constancia, cuando sigues aún rogando después de mi silencio, después de desoídas las súplicas de mis Apóstoles, después que te he rechazado equiparándote a los perros. Pero Jesús, que penetra en los corazones, alaba la fe de la mujer, tan grande, que pudo superar con su magnitud las negativas, las repulsas, las ignominias.

e) Mc. v. 30. —Encontró a su hija echada sobre la cama... Descansó tranquilamente, a la palabra de Jesús, la que había sido terriblemente vejada por el demonio. Este es el efecto de la palabra de Jesús sobre el alma: paz, sosiego, descanso reparador. Porque Jesús es la fuerza de las almas: cuando se entregan a él hallan el reposo todas las facultades, Es el Príncipe de la paz: y la da de buena voluntad a quienes en él se refugian. Y es el Señor poderoso que, con una sola palabra: «Calla, enmudece», hace que se

sosieguen las tempestades de nuestro corazón, cualquiera que sea su causa.

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. II, Ed. Acervo, Barcelona, 1967, p. 16- 21)